

«De los mayores acontecimientos de la Iglesia»

El Concilio Vaticano II comparte cumpleaños con uno de sus frutos más importantes, según san Juan Pablo II: el catecismo de la Iglesia católica, al que se refirió como muestra de «la sinfonía de la fe»

María Martínez López / @missymm1
Madrid

«Uno de los mayores acontecimientos de la historia reciente de la Iglesia». ¿Se refería san Juan Pablo II con estas palabras de diciembre de 1992 al Concilio Vaticano II? Podría ser, pues fue «punto de referencia constante» de su pontificado. Pero en realidad aludía a la publicación del catecismo de la Iglesia católica. El pasado martes, 11 de octubre, se celebraron simultáneamente los 30 años de su publicación y los 60 años del inicio del Concilio. Con esta coincidencia de fechas, el Papa polaco quería subrayar la íntima conexión entre el catecismo y el Concilio. Los une el Sínodo extraordinario de 1985, convocado a los 20 años de la clausura del Concilio para celebrarlo y promoverlo, y verificar su aplicación.

En palabras del Papa polaco, Juan XXIII «había asignado como tarea principal» al Concilio «custodiar y explicar mejor el precioso depósito de la doctrina católica, para hacerlo más accesible a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad», con un esfuerzo «por mos-

trar la fuerza y la belleza de la doctrina de la fe». Durante el Sínodo de 1985 se reconocieron los problemas del posconcilio, que mostraban que «se necesita todavía una recepción más profunda» del mismo. Había que avanzar también para entenderlo «en continuidad con la gran tradición de la Iglesia», así como recibir de él «luz para la Iglesia actual».

Para ello se hicieron una serie de recomendaciones: cuidar la formación de los sacerdotes, renovar la vida consagrada, promover la espiritualidad laical o profundizar en la identidad de las conferencias episcopales. Pero de una en particular se subrayaba que «se desea de modo muy común»: la de escribir «un catecismo o compendio de toda la doctrina católica» sobre fe y moral, que fuera «punto de referencia» para las versiones locales. Debería ofrecer «la doctrina sana» y estar, a la vez, «acomodado a la vida actual de los cristianos». Citaban el ejemplo del catecismo vigente hasta el momento, el catecismo romano o de san Pío V (1566), elaborado durante el Concilio de Trento (1545-1563).

Esta petición es aún más significativa porque durante los preparativos del sínodo en la Curia nada apuntaba a ella. En la relación inicial, el cardenal Godfried Daneels la citaba como una necesidad percibida por «algunas conferencias episcopales». Sobre todo desde las Iglesias del tercer mundo, según reveló el secretario del Sínodo, Walter Kasper. Con todo, logró un apoyo masivo. Adolfo Ariza, delegado de Catequesis de Córdoba, explica que «terminado el Concilio, la idea era que sus textos fueran el catecismo para estos tiempos». Pero con el



↑ **El Papa Pablo VI** preside una sesión del Concilio Vaticano II, en la basílica de San Pedro del Vaticano en 1963.

tiempo, «empezó a fraguar la idea de la importancia del género literario». Cree que influyó una conferencia del cardenal Joseph Ratzinger en 1983, *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*.

«Hice mío ese deseo», afirmó Juan Pablo II en octubre de 1992, «al considerar que respondía realmente a las necesidades de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares». En 1986 creó una comisión de doce cardenales y obispos, coordinados por el cardenal Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. La ingente tarea de redactar el catecismo se completó en seis años, incluidos dos —1989 y 1990— de consulta a todos los obispos del mundo. «La coincidencia de tantos votos manifiesta de verdad una cierta sinfonía de la fe», la colegialidad del episcopado y «la catolicidad de la Iglesia». ●

APUNTE

Tres décadas del catecismo



MANUEL M.ª BRU
Delegado episcopal de Catequesis de la archidiócesis de Madrid

La noticia de la efeméride de los 30 años del catecismo de la Iglesia católica puede ser a la vez una buena y una mala noticia. Primero, la buena noticia. Para muchos que ya pintamos canas la referencia a los catecismos nos es familiar, ya sea porque recordemos la época en la que en las parroquias los niños iban no a la catequesis, sino al catecismo (que no es lo mismo), o bien porque nos suene la existencia de otros catecismos antiguos, como los famosos Astete y Ripalda españoles del siglo XVI. Por lo que parecería que el catecismo fruto del Concilio Vaticano II y auspiciado por san Juan Pablo II vendría a ser únicamente el último catecismo. Pero no es verdad. Todos los catecismos anteriores fueron catecismos locales, no universales. La Iglesia solo había intentado hacer un

catecismo universal tras el Concilio de Trento, pero fue un intento inacabado. Normal. Explicar la fe con una misma expresión cultural, y para todos los pueblos, era una tarea que ponía en jaque el permanente desafío de la evangelización, el de la inculturación de la fe. Si la Iglesia ha tenido que esperar al siglo XX para hacer un catecismo universal es por el advenimiento de una cultura global, la propia de un mundo que es una *aldea global*.

La mala noticia lo es solo en un primer impacto, porque en realidad es una noticia tan buena como la primera. Muchos piensan que el catecismo está dirigido a los catequizandos como herramienta de la catequesis. Nada que ver. Para eso están los itinerarios y los recursos diocesanos. El catecismo es un documento dirigido a los

obispos, en primer lugar, como instrumento para su misión de custodios y difusores de la fe; a los sacerdotes, en segundo lugar, sobre todo a los párrocos, como custodios y difusores de la fe de las comunidades eclesiales que el obispo les ha encomendado, y en tercer y último lugar, a todos los fieles, incluidos los catequistas, para su personal formación, en vistas de su vocación como discípulos misioneros del Señor.

Esto no le resta valor al catecismo, sino todo lo contrario. Lo hace mucho más importante: tiene la osadía de ser el compendio de la fe y de las costumbres de toda la Iglesia. Un instrumento no tanto —ni solo— de seguridad doctrinal como de comunión eclesial, para la única fe de todos, la única esperanza con todos, y la única caridad para todos. ●